

# Revolución en la eternidad

**MARÍA ROSA PALANZÓN**

A Helia Paz Rivera  
In memoriam

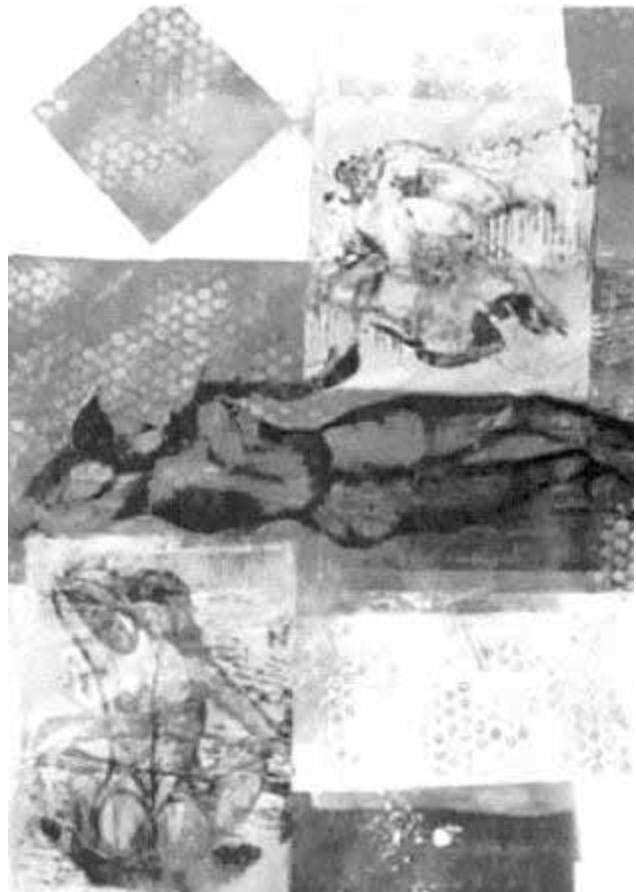
Daré mi versión sucinta del extraño caso que no tardó en difundirse en versiones espurias y tergiversadas. También con omisiones curiosas. Abrigo la esperanza de que mi testimonio silencie tantas discusiones peregrinas sobre la experiencia que compartí con Elena, apasionada profesora de literatura universal, famosa por sus rasgos gatunos y espíritu travieso. Y tan apasionada que, antes de jubilarse, se enfrentó con las autoridades corruptas de la Escuela Nacional Preparatoria, quienes dominaban a profesores y a estudiantes con los mercenarios porros. Nada tuvo de modosita ni de bien portada.

–Los mansos son ovejas que trotan en dirección al rastro, afirmaba.

Jamás los aceptó. Su temple guerrero desbordaba una sinceridad diáfana y espontánea que le permitió enviar sus últimas vivencias hasta el nunca jamás.

En suma, porque ha pululado tanta labia infernal me confieso ignorante del delirium trémens y demás alucinaciones: jamás probé ninguna droga ni me he embriagado. Tampoco estoy agraciada con imaginación

de artista. Además, en cuestiones religiosas pecho de incredulidad: ni siquiera blasfemar me libera de tensiones. Como soy normal –no vuelo–, sé que una vivencia privilegiada como la que tuve ocurre sólo en una ocasión. No faltará quien la explique lógicamente, redu-



Guadalupe Rosas

ciéndola a una trivialidad. La contaré no para solaz de crédulos, sino para que se sepa en el futuro.

Con su retórica, Elena Fidalgo enamoró a más de treinta generaciones de estudiantes. Cuando abordé los secretos de la creatividad o locura de musas, que después se bruñe hasta que resplandece, uno de sus discípulos, que a la sazón asistía a mis cursos, me entregó la copia mecanográfica de la lección con que Elena iniciaba su cátedra. En aquel alarde de su memoria inventiva, entre líneas asomaba un redivivo Neruda, sonriendo en la penumbra, y ataviado con traje de cocinero porque en la lumbre crepitaba su guiso.

—Aprovechen esta edad de oro que los incita a escribir versos, aconsejaba Elena.

Deben prosternarse ante las palabras; perseguirlas y morderlas hasta que, como mantequilla, se derritan. Las palabras cantan, suben y bajan porque se las ama. De súbito cae en el plato la glotona palabra inesperada; atrápenla al vuelo cuando zumba o brilla como tela listada. Las palabras copulan y forman metal y rocío. Pero no llegan al orgasmo si antes no se les limpia hasta que son transparentes, vibrantes, aceitosas. Un poeta las revuelve, agita, tritura y bebe como néctar de los dioses, y nosotros las degustamos como frutas cristalizadas, o nos las ponemos como anillo de ágatas. Poeta es el carpintero que obtiene madera bruñida de las raíces que transmigran; sus leños vienen desde viejos naufragios. Las antiguas astillas las recoge al vuelo y rejuvenece. Entonces, sólo entonces, resplandecen. Terminaba aquella lección inaugural leyendo una cita de su autor predilecto, un comunista de espíritu cristiano, desde su óptica: la poesía llega de alturas invisibles “es secreta y oscura en sus orígenes, solitaria y fragante, y, como el río, disolverá cuanto caiga en su corriente, buscará ruta entre los montes y sacudirá su canto cristalino en las praderas.”

La caída al vacío de Elena Fidalgo se inició con su primera operación. Tras ocho horas de ser atormentada

por el escalofriante ruido de la fresa, quedó sin un diente en la mandíbula superior. La prótesis alargó su boca y sus redondeadas facciones de japonesa. Parecía tan oriental que, para demostrarlo, en las cercanías de los Prismas Basálticos se retrató con un kimono azul cobalto; su chongo y ojos, alas de cuervo, contrastaron con su piel blanquísima; atrás, la pared de la hacienda Santa María Regla acariciaba su sombra. Repasando aquellos recuerdos en el álbum, con una docena de fotografías a lo sumo, sin mayores explicaciones, dijo: metí los dientes postizos en el cajón; estaba harta de mi nueva sonrisa o relincho de caballo. Ambas nos reímos de su acudido. Siempre que yo festejaba alguna de sus inolvidables expresiones, inquiría:

—¿No la conoces? ¡Pero si ya estaba de moda en tiempos de la nalgada!

Mantuvo su humor a flor de piel. Después de temblar con los aparatos de ortodoncia, le quitaron el útero lleno de tumores malignos. La operación se repitió porque el chorro de sangre le continuaba manando a raudales entre las piernas. Se declaró mujer de Drácula y accionista de la fábrica Toallas Femeninas, S.A. Detestaba hablar de la sangre, tema de los alegatos racistas.

—Es buenísima con mucha hierbabuena, repetía. Aquellos mortíferos bultos viajeros le fueron subiendo del estómago a los pulmones para desplazarse hasta su hígado.

Era noviembre. Todos Santos. Acostada, estirando el cuello, contempló el amanecer a través de los vidrios. Un deslumbrante rayo blanquecino y azulado abrió una grieta en su próximo horizonte, obstruido por las ramas desnudas de la higuera y del árbol seco adornado con orquídeas que se obstinan en no florecer; este árbol le regaló un durazno enorme, colorado por fuera y sonrosado por dentro, cuyo aroma llenó su casa. Sólo le entregó aquel memorable fruto, escaso halago repentino que esa mañana fantaseó colocado en medio de un follaje

verde, asomándose por la iluminada grieta de bordes sinuosos que aumentaban minuto a minuto.

La abuela materna de la maestra Fidalgo y la nudosa higuera, que en verano recortaba el cielo entre sus copas altivas, fueron trasplantadas de Europa. En una balsa a la deriva, entre rápidos que desembocan en el mar, Elena iniciaba su propio nostálgico exilio de la Tierra. Escribió una y otra vez: somos un ser hacia la muerte, en caída al abismo, en dirección al fin final, a la noche oscura, cerrada, sin un desgarrón de luz. De pronto, reaccionando, balbuceó: hoy es siempre todavía, según me enseñó Machado. Lloró recordando que al emigrar, pasando junto a los precipicios de los Pirineos, Antonio Machado llevaba en brazos a su casi centenaria madre; llegaron a Francia. No dieron un paso más.

Elena Fidalgo intentó acomodarse los rizos hacia arriba y hacia la frente para cubrir sus arrugas. Por prescripción médica le habían cortado el cabello. Hoy era espuma sin una ola que, como antaño, la levantara. Su ángel de la guarda, una mujer de mediana edad que cumplía el mandato de la parroquia con vocación irre-

prochable, le pintó la boca de carmesí, extendiendo el rubor hacia sus mejillas apergaminadas. El espejo dorado, un óvalo que coronan hojas de laurel, le devolvió su momificada imagen.

Hoy era otro día. Pidió al ángel, que se llama Basilisa, que marcara mi número telefónico, el de su amiga enferma, aunque ni por asomo me hallara diciéndolo con su premura adiós al mundo. Charlamos durante una hora. Me conmovió. A la pregunta qué haces, respondió directamente, sin recovecos:

–Me estoy muriendo.

Para agravar sus males, el calmante le impedía que su sangre coagulara; con un aneurisma en la aorta, su corazón palpitaba agua. Me pasó por la cabeza que ni siquiera tenía fuerzas para describir la agonía que la estaba carcomiendo, porque nunca más, abriendo los goznes de la puerta, volvería a recorrer la calle de Miguel E. Schultz.

De pronto cambié de opinión. Elena había sacado quién sabe de dónde la dignidad campirana de reírse de sí misma...Drácula...compañías que comen la menstruación ajena...el durazno solitario... el director de la Preparatoria que se orinó en los calzones..., los relinchos... En contrario, por el auricular me enteré de que a lo largo de setenta y dos largos años se guardó para un hombre; él la desbarrancó en el olvido. Nunca dijo el nombre de su fantasmal compañero: pertenecía a la reserva de su sumario personal.

Elena fue recia y débil. Sus manos fuertes quebraron rocas y sus manos pequeñas atraparon pececillos dorados para devolverlos al lago sagrado de las maravillas secretas.

Siguiendo la veta de su buen humor, hicimos planes para la eternidad, el sitio que no es sitio y el tiempo que no transcurre: emprenderíamos la gran revolución; las almas feas se percatarían de que su brillo se opaca hasta desaparecer. Entonces, dijimos, San Pedro perderá el oficio de cancerbero.



Oswaldo Sagástegui

Elena creía en la posibilidad de tales aventuras; yo le seguía la corriente, convencida de que la conmiseración no se percibe por vía telefónica. Si pasó por el cordón su serena actitud que, con toda la calma, se refería a su fin como algo que no cabe lamentar, ni eludir, ni evitar. Medité: su destino no es el más espantoso; si el final está lleno de horriblos sufrimientos físicos, más atroz sería lleno de sufrimientos morales. Decidida a no abrir ninguna esperanza, mi amiga se estaba librando del terror que le hubiera privado de sus fuerzas.

No, definitivamente no estuvo sola en el amargo trago final. A todas horas su espíritu nostálgico se hallaba rodeado de una enorme solidaridad. Como si hubiera adivinado este pensamiento mío, para no perder la costumbre, me citó a Pablo Neruda: “Bien vale haber luchado y cantado, bien vale haber vivido si el amor me acompaña.”

—Cupido me agasaja con melodías de Debussy, cadencias que jamás antes habían llamado mi atención; en el tirol se forman extraños palacios y caras fantásticas o melancólicas visiones que la mayoría no ve, y hasta respiro el perfume de las flores desde este colchón destartado.

También se demoró en los colores y las formas que le llegaban a través de la ventana, y en los fugaces instantes de felicidad que, como rayo, desgarran el mal de izquierda a derecha y de sur a norte, para después extenderse desde el frente hasta nuestra espalda llagada por la maledicencia. El delirio de los sentidos le impidió hundirse en la infamia... Las nubes eran paisajes de ensueño. En ninguna leyó la palabra “auxilio” que yo tenazmente repetía en mis adentros.

Celebraba sus últimos segundos, yo soy testigo. Aquella tarde estuvo serena porque, como araña hacendosa, empujando la aguja con los dedos índice y pulgar, había tapado con zurcido invisible los numerosos descosidos de la envidia. La corrosiva maldad fracasó en su empeño de agujerarle la existencia.

En aquel telefónico intercambio alegre, no hubo subterfugios ni engaños. Su barco escoró tanto que ahora, a la deriva, se ladeaba antes de hundirse, sin que le agobiaran sus tambaleos. “Memoria” y “olvido” fueron sus ideas clave: entendió la conveniencia de olvidar antiguas y recientes penas o sus estancias en el desierto.

Día de Muertos. Veinticuatro horas después. Aurora, nuestra amiga mutua, me comunica que Elena se halla in articulo mortis. Quiere verme: me tiene un obsequio. No hay un minuto que perder. Nada importa que el médico no me haya dado de alta. Gabriel me lleva hasta Miguel E. Schultz, a un edificio de los treinta; feo, repleto de escaleras gélidas y sinuosas. Es un bloque de cemento, sin respiraderos, con un patio rectangular en el frontis por donde corren gatos sin dueño. Elena ocupa el segundo departamento de la lóbrega planta baja; un cajón de techos altos; consta de una minúscula sala-comedor, una cocinita y la recámara con medio baño. El moho ha decolorado los cuadros, las paredes y los libros. De primera impresión, asocié ese hogar con la cripta donde los nobles seculares fueron emparedados, y con un calabozo subterráneo impregnado con el descuido de una vejez prematura, a pesar de que se trataba de un pisito interior aceptablemente limpio. Su circuito habitable no pasaba de sesenta metros cuadrados. En el muro de la recámara, los cromos de la Virgen de Guadalupe, un fragmento de bula con el sello y retrato de Paulo VI, el Cristo de la cabecera y un rosario de dos metros; figuritas imitación porcelana regadas aquí y allá. Me admiró mi actitud crítica y vaga curiosidad. En aquellas circunstancias no había nada menos importante que las dimensiones y el aspecto, en realidad inocuo, del lugar. Pensé que nada compromete más que el medio que te personaliza. Me di cuenta de que estaba poniendo el gusto como un iceberg protector. Bajé los ojos.

En la cama había una viejecita con las piernas estiradas, los brazos a corta distancia de sus flancos y la cabeza levantada sobre cojines apilados. Me aterró su



Maria Emilia Benavides

apariencia famélica, la extraordinaria delgadez de treinta kilos de carne en una osamenta de un metro setenta. Su rostro era plomizo; su cabellera hirsuta devorada por la calvicie. Sus gruesos lentes le empequeñecían el iris y le alimentaban la córnea. Su alteración física, que se produjo entre 1995 y el 2002, me impidió reconocerla. Temblando, invoqué su nombre. Respondió con el mío. Reconocí su voz. Me lancé con los brazos extendidos hacia su cuerpo convulso y la besé ruidosamente mientras apretaba los párpados en espera de que, al abrirlos, la amorosa voz no se repeliera con la imagen. Al abrirlos, la sorpresa desagradable continuaba allí.

–Bendito regalo del Señor es tu presencia, exclamó.

Nuestro acercamiento repentino y nervioso me había perturbado más. Actué como una imbécil. Mis facultades mentales ordinarias se habían anquilosado.

Frente a su muerte inminente hube de enderezarme, sonriendo como niño con juguete nuevo. Ensarté frivolidades sobre el clima y los vestidos disolutos que usábamos en nuestra juventud. Se acordó de que para mi boda compró aquel traje sin mangas que se abría desde el dobladillo hasta el inicio de las caderas.

–Tú eras una muñequita con abrigo largo y atrevida minifalda.

Me trajeron un balancín de palma con respaldo alto para que no me cansara. Le habían clavado una armella en el brazo. ¿Por qué carambas tenía aquel estorbo?, ¿para jalar a un inválido a distancia?, me pregunté como idiota, desplazando mi atención, que estaba llegando al límite de su resistencia. Nada me ayudaba el exasperante péndulo macizo y pesado que silbaba al balancearse. Interpreté su mecanismo como la monótona cuenta regresiva de la vida: sentí el odio de una recusante obstinada que detesta los finales, el destino que llega de quién sabe dónde. Al poco me di por vencida. No podía culpar a nada ni a nadie. La vida se devora a sí misma; la muerte es autocanibalismo; llega desde adentro, aunque cada quien imagina la suya desde fuera, desdoblándose en un yo que observa al tú o yo que se apaga.

El escapulario que le colgaba de un broche pegado a la altura del pecho me reconcilió con las cosas de Elena, tan sensible a la literatura y tan negada a la decoración. Experimenté un escalofrío, como si fuera el último asomo de esperanza para dos que comparten gustos durante su último encuentro. Su camión, el suéter de cuello alto, los cromos, las figuritas imitación porcelana y las sábanas ordinarias se mimetizaban en ese cojincito de satín verde donde las monjas de Sultepec bordaron tres veces el Sagrado Corazón: por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo. Era ingenuo. Magia pura.

Desperté del arrobo momentáneo, el vapor de la cafetera llenó el aire de un sofocante olor a quemado. A cambio del café, Elena ofreció a Gabriel una copa del tinto chileno La Taberna del Diablo. Apreté la mano

izquierda de mi compañero; necesitaba un punto de apoyo. En la derecha, Gabriel tenía un texto de Pablo Neruda; leía un verso a petición de Elena. Como a Gonzalo de Berceo le dio a cambio un vaso de bon vino.

Me sentí culpable. Lo había embarcado en una pesadilla. Sin esforzarse en demasía, Gabriel se mostró excelente declamador. Elena lo comparó con su profesor Luis Rius. Entornando la mirada, clavándola afuera del aula, Rius, estatua que encarnó, deleitaba a sus alumnas hasta el ensueño; por el placer de escucharlo, desde temprano las señoras casadas ocupaban las primeras filas, dejando sin planchar las camisas de sus maridos, nos informó Elena.

Elena habla compulsivamente; nuestra compañía la llena de alborozo incontenible. Pasan las horas. Sigilosa y disimuladamente llamo a Basilisa a un rincón; le pregunto por el diagnóstico del médico: Elena Fidalgo ha firmado su propia sentencia de muerte. Desde hace una semana no prueba los licuados ni toma las medicinas, excepto los sedantes cuando el dolor le es insoportable. Fijó el momento de su partida. Quizás, hoy. Siento fuertes náuseas. Inmóvil, me desplomo en el balancín; me esfuerzo por razonar. Concluyo que también lamento su desaparición por razones egoístas; de alguna manera desapareceré de su memoria y sus afectos. ¿Por qué dicen que nadie es imprescindible? Para mí tú lo eres, me pregunté y respondí en silencio. Agotada de atendernos, después de que haberme agasajado con una sonrisa, Elena recayó en el bálsamo del sueño.

Tanteando el brazo de la mecedora, que se inclinaba de modo amenazante hacia atrás, metí el dedo cordial en la armella y cerré el puño hasta que adquirió un tono blanco, fino, grotesco. Me había aferrado al estorbo.

—Es tarde, por favor Gabriel atiende a nuestros hijos y regresa. Quiero estar a su lado cuando se despierte, ordené con aire de súplica.

Tras un frágil descanso de moribundo, a plazos cortos, Elena le pidió a Basilisa que le leyera un relato mío.

Con la monotonía de lo redundante, me invadió el sopor. Yacía sobre aquel balancín con una mezcla de calma tensa y monstruosa. Todo era ruido y nada sonaba. Entre las palabras murmuradas en bocina por la Basilisa lectora, empezaron a piar las aves; al caer las últimas hojas de la higuera, rozaron el tronco; un gatito ronroneaba. En mis adentros repetía “La Taberna del Diablo y el Ángel de la Guarda”.

La escena inicial que soñé fue un taller de alfarero lleno de hermosos cántaros; no sé cómo pasé a la iglesia de Tupátaro, cajita con paneles donde pintaron ángeles y arcángeles: coros, orquestas y númenes protectores que, como los pájaros, deleitan a Dios. De súbito se incrementó la coloración y después la madera se pintarrajeó con extrañas figuras de demonios y espectros llamantes que salían de las juntas de la mampostería. Esas apariciones, unas rampantes y otras armadas con una cimitarra, descendían con mucha velocidad hacia mi pecho. En aquel infierno, pululaban en cantidad paulatinamente mayor las ratas de ojos centellantes que hacían a Elena presa de su voracidad. La rotación de la Tierra se detuvo en aquel solemne instante de nuestra tortura. Me temblaban los labios y el cuerpo cuando, lanzando un alarido, volví atolondrada al escenario real, no menos angustiante.

Mi amiga entrañable comenzó a expectorar. Entre ruidos guturales vomitaba el alma; después, su respiración cambió a estertores, como si sus pulmones se hubieran osificado. Abrió una boca enorme, desarticulada. Su mirada clavada en el infinito se hizo mortecina: una membrana semitransparente le robó luz y expresividad. Poco antes, una punzada en el corazón arqueó su cuerpo; emitió un grito ahogado y cayó de golpe.

Aturdida, por fracciones de segundo no entendí lo que pasaba. Nada tenía sentido. Reaccionando, corrí hasta el borde del lecho. Noté su pérdida de voluntad, su clara disposición a extinguirse. Como si fueran de mármol, sus extremidades quedaron heladas y completa-

mente rígidas. Su iris descendió y el cristalino se llenó de un líquido amarillo de penetrante olor fétido. Alarmada, retrocedí. Me horrorizaba que en el futuro Elena no tuviera un libro que leer y que sus fantasías y sensaciones fuesen tragadas por su caída a la profundidad, en medio de un remolino, hasta quedar rodeada por las tinieblas de la noche eterna. Hundi la barba en el pecho y sollocé. Reinaba el desconcierto. Basilisa se pasaba la mano por la frente para echar fuera su confusión. Nada bueno conseguiría reanimando a Elena, si había decidido que la tumba es el lugar más dulce para el descanso. Pero, ¿y si esta idea de la noche cerrada es una quimera? Mi curiosidad se obstinó en apresar los vestigios de cómo el alma desciende al Hades. Como en ningún momento la consideré muerta, quedé intrigada: nada me garantizaba la suposición, poco acendrada, de que caemos en la nada, reducidos en principio a una abominable masa putrefacta. Esta suposición bien podría ser incompatible con los hechos.

De pronto, al impulso de un temblor, como si fuera presa de la malaria, Elena ascendió en el globo del gas hilarante que se mete por los lagrimales, dejando caer por las mejillas gruesos cristales salados en forma de gotas, no de tristeza, sino de felicidad. Le pedí que manifestara su experiencia postrema. Le palpé la cara y acerqué mi oído para captar susurros poco audibles por su debilidad. Me habló tranquilamente sobre vueltas en un círculo arco iris; precedida por un hilo de plata, entraba flotando con velocidad creciente al centro de un resplandor o resaca luminosa. Después de un vertiginoso vuelo, descendió hasta aterrizar en un paisaje boscoso, florido, surcado de cascadas. Saludó a sus padres muertos. Después, nada. Sus signos de vitalidad fueron imperceptibles; no encontré su pulso; coloqué un espejo en sus labios en dirección a sus fosas nasales y no se enturbió. Le cerré los ojos y besé su mejilla. Las lágrima-

mas me impidieron reconocer a Gabriel, que recién había llegado.

Inesperadamente, la lengua de Elena vibró.

—Te esperaré para armar la revolución.

Pese a su dicción clarísima, su voz áspera, hueca, de resonancias indescriptibles, procedía de las más grandes profundidades. No guardaba relación con sus habituales tonalidades armónicas de mezzosoprano que ganó un sitio en el coro de los ángeles; era un rasposo contrabajo con la potencia de un golpe seco en las notas graves del piano; o quizás una ráfaga de viento que escapa de algún corno.

Aquel horror me produjo un espanto inenarrable. Estremecida, durante media hora no pude hilar palabra. Cuando me hice fuerte, dudé.

—Gabriel, ¿he delirado?

Dijo no. El frío me corrió del estómago al corazón, pasó por los oídos y llegó al cerebro.

Ya repuesta, supe que esta clase de experiencias son privilegiadas. Basilisa nos entregó la herencia de Elena Fidalgo: dos libros de pastas rústicas: Confieso que he vivido y Para nacer he nacido de Pablo Neruda. No podían ser títulos más significativos. Antes de marcharme, eché una ojeada, la última. Elena quedó nimbada con el aura serena de los héroes anónimos que dinamitan su propia estatua.

Le puse una nota en el pecho: Cumple tu promesa: aguárdame en la eternidad para iniciar nuestra revolución.

Cuando la luz blanquecina y azulada volvió, sin importarle que una noche más la hubiera devorado, nos fuimos, dejando atrás el departamento solariego de un edificio gélido, en cuyo patio está una higuera deshojada y un tronco seco lleno de orquídeas sin florear. Al desplazarnos en el automóvil por la calle Miguel E. Schultz, Gabriel y yo buscábamos el arsenal con que Elena aplastó la infamia.